

Madrid, jueves, 1 de octubre de 1925

Directora-fundadora *Celsia Regis*

Número suelto 20 céntimos

FEMINISMO SOCIALISTA

CRITICA A UN LIBRO

II

El segundo capítulo de «Feminismo Socialista» es el resumen de varios artículos periodísticos que la autora publicó en la *Solidaridad*, de Vigo, y en «El Socialista» de Madrid, defendiendo con valentía, contra propios y extraños, el Socialismo y el Feminismo, que para la autora, a nuestro entender, viene a ser la misma cosa, es decir, que ambas doctrinas defiende con igual calor, siendo sentidas por ella con la misma intensidad, siendo sus primeras palabras de defensa para el Socialismo. Y aquí arremete contra un compañero suyo, contra un jefe republicano y contra los pseudo-sabios, muchos de ellos consagrados en sus tratados filosóficos, pero que se han estrellado ante el estudio de la mujer.

Tiene razón María Cambrils en impugnar con valentía, como lo hace, las doctrinas filosóficas de esos sabios de fama universal que no han sabido penetrar en la psicología de la mujer, y, por tanto, desconocen, aun pretendiendo conocerlo todo, cómo vive, cómo evoluciona y lo que puede ser la mitad de media Humanidad, de la que ellos nacen y heredan sus tendencias prósperas o adversas.

Por mucho que los sabios se esfuerzan y quieran penetrar en el alma femenina, y en esto estoy con la autora de «Feminismo Socialista», no podrán superar ni igualar siquiera a la propia mujer cuando estudia, compara, inquiere y saca deducciones de sus fuerzas psíquicas.

Poco, poquísimo, tiene que agradecer el feminismo a los sabios, y ellos más que nadie están incapacitados para penetrarlo, porque encerrados casi siempre en sus laboratorios tratan poco a la mujer para llegar a comprenderla.

La mujer es un campo fertilísimo, que debe cultivar la misma mujer, capaz de dar los mismos frutos que el hombre; y en algunos casos mejores: en todos aquellos de la región del sentimiento: campo inexplorado por falta de idealidad y cuya responsabilidad del no cultivo nos incumbe a nosotras: a todas las que más decididas sabemos salvar prejuicios y con nuestra pluma nos atrevemos a decir verdades. No esperemos nada de los sabios de oropel, políticos, humanistas o fisiólogos y aunque sean un Leroux, un Marañón, un Nietzsche, un Stirner, un Lapouge, un Reimer, un Gobineau, un Pott, un Beutty, un Más Müller, un Curtis y un Lassen, que son los sabios que la autora cita, porque de oropel serán siem-

pre mientras no sepan penetrar el corazón y la mente de la mujer. Esperémoslo todo de nosotras, y no impugnando teorías, sino laborando en nuestra causa, oponiendo frente a los absurdos de los sabios nuestra labor práctica, desmintiendo con los hechos lo que ellos nos niegan en los libros y en conferencias de ateneos.

Esta es la misión de la mujer, en esta estamos nosotras empeñadas, hasta que se agoten nuestras energías físicas, y en ella quisiéramos ver de lleno a la autora que comentamos.

Muy loable es el laborar sinceramente por los ideales que creemos honrados y sustentan los hombres que estimamos, pero mucho más loable es trabajar por nuestra propia causa.

Lo mejor siempre fué enemigo de lo bueno: lo bueno para María Cambrils es el Socialismo, lo mejor para la causa de la mujer es el Feminismo.

La verdadera mujer, al Feminismo se debe; y no de cualquier modo, sino toda entera: su pensamiento y sus actos deben ser siempre para mejorarse ella y mejorar la causa de sus compañeras, sean socialistas o no sean y también para convencer a los sabios de las ventajas que el feminismo les ha de traer.

Hace pocos días, uno de mis más sinceros amigos me decía: «Simpatizo con el ideal de usted porque es ideal de justicia, aunque reconozco que va en contra de nosotros».

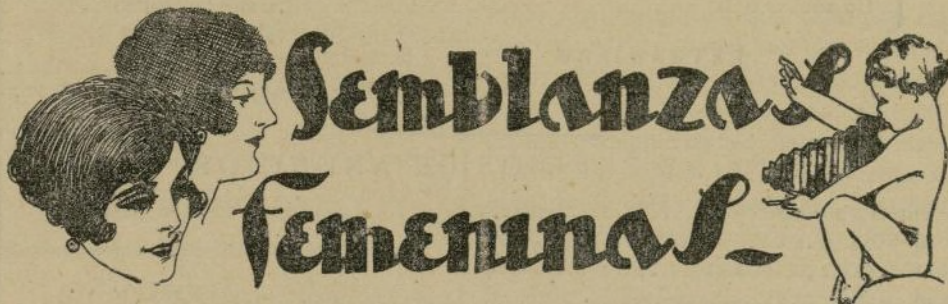
Contra ustedes, no; a su favor sí—le dije rápidamente.—Yo deseo poner al lado del hombre a la mujer más consciente. Menos hembra y más compañera. Que sepa contender con el esposo, con el hermano o el amigo, sin *pendantería* ni *marisabidismos*, de los negocios que a ellos les incumbe, para no aburrirlos con sus conversaciones insulsas que les hacen huir de ellas y sólo pensar en la mujer cuando el instinto genésico se impone.

Por depravado que el hombre sea, fuera de los momentos en que la busca para su diversión, huye de la mujer que arrastra por el lodo su honra y de esa honra tirada que envilece nuestro sexo, para diversión del hombre ¿quién tiene la culpa sino nosotras mismas que no nos unimos para decir a la mujer que se levante y se apoye en nuestros hombros para que el hombre la estime?

Y esta obra no puede hacerla por sí solo el feminismo socialista, le incumbe por derecho al *Feminismo feminista* al nuestro, al de todas las mujeres unidas y con la colaboración de todos los hombres de buena voluntad y que se sientan padres y hermanos.

Por hoy, basta: continuaremos comentando en el próximo número.

CELSIA REGIS



Doña María de Molina, llamada la Grande

VIII

Ya el rey Fernando IV se hallaba en el apogeo de su reinado; pero desprovisto de la propia voluntad que manejaban a su antojo Juan Núñez y los infantes Juan y Enrique.

La reina madre había sido desdeñada por éstos, que no cesaban de buscar el medio de que hubiera un rompimiento entre la madre y el hijo.

Los pueblos, reconocidos a los beneficios que habían recibido de la soberana, temían el mal que pudieran causarlos los que al lado del rey se congregaban para su daño, de modo que cuando el rey, aconsejado por sus privados, convocó cortes en Medina del Campo, los pueblos no querían concurrir sin que se lo mandase la reina madre. Ella, perdonando las desaires de que era objeto por parte de su hijo, y temiendo los males que para la corona podrían sobrevenir, pensó primero no acudir a las cortes, pero cedió luego al deseo de su hijo, dirigiéndose a Medina.

Algunos diputados demostraron en las cortes su descontento por ver al rey fuera del consejo de la reina, y esta que ya hizo ponerse en guardia a los contrarios haciendo creer al rey que su madre tenía robados los corazones del reino para entregárselo a don Alfonso de la Cerda, y no sólo vertían esta falsa especie en los oídos del rey, sino en cuantas llegaban a tratar con él para malquistarla con todos.

Como el rey era joven, hacían en su ánimo mella estas versiones, pero a los diputados indignó en tanto grado que mandaron a decir a la reina que se irían a sus tierras para hacer todo lo que ella les mandase.

María de Molina superior a las ingratitudes, no pensó en otra cosa sino en asegurar la corona en su hijo, demostrando a los que la invitaban a tomar otro partido que jamás abandonaría los intereses de su hijo, porque si obraba de otro modo, además de malograr lo que por él había trabajado, sería dar mal ejemplo al mundo, pisoteando sus procedimientos.

No dando resultado lo que habían ideado contra la reina, al convocar las cortes, inventaron otras patrañas, diciendo al rey que se precaviese contra el mal que pudiera traerle su madre,

que separase de su lado a la infanta doña Isabel y la trajese a palacio al lado de su mujer, y que si buscase las sortijas de su padre no las encontraría porque la reina las había dado a sus amigos.

El rey creyó esto y se determinó a pedir a su madre las sortijas de su padre; pero cuál no sería su asombro al ver que al punto se las presentaba la camarera mayor con todas las joyas que habían pertenecido al difunto rey y también las de la reina?

Quedó don Fernando confuso ante la inocencia de su madre, que le hizo en aquel momento entrega de las joyas.

Parecía que ya los enemigos de la reina nada pudieran inventar en contra suya, porque a todas las infamias habían recurrido y todas habían quedado deshechas ante la inocencia de aquella gran mujer; pero no fué así: aun hallaron otro medio para poderla enemistar con su hijo el rey, diciéndole que su madre había hurtado a la corona grandes caudales, lo cual podría él comprobar si la pedía cuentas de su administración.

No se atrevió a tanto el hijo, y entonces sus consejeros le indicaron que había un modo sencillo de enterarse sin que la reina lo supiera, y era llamando al Abad de Santander, Canciller de la reina, para que le enseñase los libros de las cuentas.

Así lo hizo, pudiendo comprobar que en los libros de ingresos las cantidades separaban a las cifras por ellos calculadas.

Satisfechos estaban de haber podido demostrar al rey que su madre le engañaba, pero esta satisfacción les duró poco, porque al revisar el libro de gastos vieron que la reina había gastado, en bien de la corona, no sólo las cifras ingresadas, sino más de dos millones, fruto de sus joyas sacrificadas al bien público, y dinero que hombres ricos la habían entregado con el mismo fin.

Tuvieron que reconocer la lealtad y buena fe de la reina, pero no se dieron por vencidos, diciendo que lo bueno que ella hacía era en su propio interés, no en el de su hijo.

Ya no había reparos legales que apo-

La Voz de la Mujer

SEMANARIO FEMINISTA

Oficinas provisionales: Palma 68. Talleres: Paseo de los Pontones, 23, Teléfono 21-95 M.
APARTADO 613, donde se dirigirá toda la correspondencia

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID	Trimestre... 2'75 ptas.	PROVINCIAS	Trimestre... 3'25 ptas.
	Semestre... 5'50 ptas.		Semestre... 6'00
	Un año... 10'00		Un año... 10'50
EXTRANJERO:		Semestre 10 pesetas.	
		Un año..... 18	

TARIFA DE PRECIOS DE ANUNCIOS

Página entera, por inserción	100 pesetas
Media id.	60
Cuarto id.	35
Octavo id.	20

Anuncios económicos intercalados en el texto: Espacio de 10 líneas, del cuerpo 10, sin sitio determinado, tres anuncios 10 pesetas.
Anuncios Bolsa del Trabajo

De una a diez palabras	0'75 céntimos
Cada palabra más	0'05
Comunicados, artículos de información industrial, con grabados intercalados en el texto, etc, etc, a precios convencionales.—Los contratos por más de tres anuncios tienen descuento.	

Este periódico no tiene agentes exclusivos de publicidad; las ofertas y demandas son directas a nuestra Administración, única encargada de contratar y cobrar. Avisamos a los comerciantes para que no se dejen sorprender por los que se presenten en nuestro nombre sin estar personalmente autorizados por la firma de la Dirección y sello de la Administración.

ner y saltando por toda consideración y respeto, sin disculpa alguna, obligaron al rey, mediante contrato, a unirse con ellos en contra de su madre, y que la liga ofensiva llegara también a don Enrique y a cuantos con ella estaban.

(Continuará)

Rafaela Conde

EL CAMINO DE LA REGENERACION

Dedicado al valiente General en Jefe del Ejército de operaciones de Marruecos, Jefe del Gobierno y Presidente del directorio Militar, Excmo. señor D. Miguel Primo de Rivera y Orbaneja.

Para conseguir la regeneración de España, pronta, completa y eficaz, como la soñó V. V. durante la gloriosa jornada militar del día 13 de Septiembre de 1923.

Urge, Excmo. señor, la aparición de ese simpático rotativo que, con el acertado título de LA NACION se tiene anunciado, para ser el órgano oficial de la Unión Patriótica y llevar los aires renovadores de la gloriosa jornada a todos los rincones de la Patria; que aventaje en economía y compita en perfección con todos los demás periódicos que más o menos directamente eran órganos interesados de las viejas camarillas turnantes; que se declare su suscripción obligatoria para todos los funcionarios públicos del Estado, de la Provincia y del Municipio y cargos directivos de los Comités de Unión Patriótica y del Somatén, siendo solamente voluntaria para los demás ciudadanos.

Urge, Excmo. señor la creación de un Cuerpo honorífico de Delegados civiles en todos los Municipios, para in-

tensificar la propaganda y organización de la Unión Patriótica y ser corresponsales de su órgano LA NACION; proveyéndoles de todos los medios que puedan hacer más eficaz su acción propagadora y le sirvan al propio tiempo también del necesario estímulo, para no claudicar jamás en su constante lucha contra la indiferencia ciudadana y las rastreras asechanzas de los viejos caciques, los que, aunque repudiados y destronados, no se resignan a vivir en el ostracismo. Tales medios pueden consistir en concederles algún cargo retribuido de los que existan en la respectiva localidad, para cuyo desempeño sean capaces, una comisión prudencial o premio sobre las suscripciones y los actos de propaganda que realicen, el nombramiento de agentes honorarios de la autoridad, licencia gratuita para el uso de armas de toda clase etc. etc. (que más prerrogativas que éstas se las concedían así propios, a sus parientes y paniaguados los caciques del viejo régimen, y no para reconstruir a España, sino para arruinarla), y un Diploma especial en estructura y méritos que aparezca, por ejemplo orlado con el escudo de todas las provincias del Reino, conteniendo en su parte superior los atributos de la Monarquía, sostenidos por tres gruesas columnas envueltas en la gloriosa bandera española, representando la del medio al Directorio Militar y a la Unión Patriótica y el Somatén las dos de los extremos; que constituya mérito preferente a favor de sus poseedores, mientras a juicio del Consejo nacional de la Unión Patriótica, sean dignos de ostentar tan patriótico distintivo, para optar a todos los cargos públicos, que no requieran para su desempeño una larga preparación técnica necesaria. Estos cargos serían desempeñados con excelente fruto por muchísimas de nuestras lindas mujeres que, con singulares dotes para la propaganda, acuden en todas partes, a cuyos ruegos, influencia y halagos es casi imposible poder sustraerse.

Urge, Excmo. señor, decretar la concesión de validez académica a favor de los estudios cursados en todos los Seminarios del Reino, al igual que lo están los de los demás Centros docentes del Estado, pudiendo los interesados alegarlo en todo tiempo como méritos personales, para su propia satisfacción o conveniencia y en provecho de la Unión Patriótica, en cuyas filas militan los ex seminaristas en su casi totalidad.

Urge, Excmo. señor, la creación de una estampilla de propaganda patriótica, que puede utilizarse por los ciudadanos más entusiastas en el cierre de la correspondencia destinando su producto a los gastos de propaganda de la Unión Patriótica.

Urge, Excmo. señor, la creación de un Negociado oficial de Información y Reclamaciones en todas las capitales de provincia y Ministerios por mediación del cual puedan los ciudadanos conocer la marcha de sus negocios pendientes de resolución en todas las Oficinas provinciales y ministeriales sin necesidad de perder tiempo y suplir cuantiosos gastos inproductivos. El Estado puede resarcirse de los gastos que motiven los Negociados y aun ganar dinero estableciendo el uso de una póliza para las Informaciones precisadas.

Son las precentes notas, Excmo. señor, con otras 88 que nos quejan en cartera, las supremas aspiraciones del país, lo que el pueblo quiere, desea y espera de la recta, valiente y patriótica actuación de V. E. después de agradecerle muchísimo todo cuanto bueno lleva hecho en su favor, los muchos y grandes beneficios que se ha impuesto en su obsequio los inminentes peligros que heroicamente ha arrojado por el bien de la Patria, y hasta verlos realizados no moriré tranquilo ni cesará de suplicárselo a V. E. el más ferviente de los admiradores del Directorio Militar.

EL BACHILLER DE GALICIA

Viejas disertaciones

LAS BRIBONAS

Lectora pudibunda, cúbrete el rostro, tapa, si puedes, tus oídos, arroja de ti esta disertación; voy a hablar de bribonas.

Bribonas, tunantas, así las ha llamado la Prensa, y las pobres, es natural, no han protestado. ¿Para qué? Yo tampoco protesto. En eso de los adjetivos hemos llegado a un verdadero derroche, y poca gente los tiene en estima. Se las ha llamado bribonas, como se las podía haber apellidado ilustre o eximias; la cuestión es pasar el tropo. La única diferencia entre las amotinadas, algunas veces, y muchos perseguidores, está en que a ellas se les llama en público tunantas y en privado ricas y almas mías, mientras que a otros se les dice en público ilustres, y en privado, morrales y «desgalichaos».

Ello es que hay una porción de bribonas incorregibles, sin redención. Y

¿no es bueno que los mismos que las buscan secretamente, las halagan y aun las convierten en protagonistas de sus obras «artísticas», sean los que las colman de improperios, y seamos nosotros, los que jamás tuvimos con ellas comercio—no toméis esto como falsa virtud, que no la tuvieron Tenorio ni Maña—, los que hayamos de disculparlas y de pedir para ellas misericordia?

Ni el virtuoso ni el verdadero galán necesita para nada de ciertas mujeres. Aquél, por santidad; éste, porque no ha de comprar lo que se le da de buen talante. Por lo mismo, no prodigan la injuria. ¿Qué especie de bribonería puede ser esa que sanciona la ley, reglamenta la autoridad, explota el Erario y las costumbres toleran? Preciso es que haya un gran fondo de hipocresía en la acusación. Y en la rebelión de esas infelices mujeres, aconstunbradas a la bajeza y a la servidumbre, habitadas al ajeno desprecio y a la constante persuasión, ¿no habrá tal vez un fondo de justicia?

En una noche invernal, crudísima, cuando el huracán arroja sobre los vidrios del salón en montones la nieve, cuando oscila la llama de los reverberos en la calle desierta, una mujer vestida de encajes, rodeada de niños que esconden en sus faldas sus cabecitas rubias, apoyado en alfombras de blandura de césped y ornada de joyas semejantes a irisantes gotas de rocío primaveral se acerca a los cristales del mirador, y escudriñando en la obscuridad con sus ojos serenos, hechos a contemplar todas las grandezas, consigue divisar, en la esquina de una callejuela oscura y silenciosa, apoyada en el muro, con los cabellos desordenados por el cierzo y húmedas las mejillas por la lluvia, a una mujer, que sisea a los transeúntes, que pasan encogiéndose los hombros para esconder su aterida cabeza entre las capas y las bufandas. Entonces, la señora, la que todo lo tiene, la mujer rodeada de respetos y de cariños, frunce las cejas, entreabre los labios, y con mueca despreciativa pronuncia, entre dientes: «¡Bribona!».

Sin embargo, esa mujer tuvo madre, Parida fué con llanto y dolor, y criada con ternura entrañable. Educada, libertada de la miseria, puesta en manos del azar venturoso, hubiera hallado un hombre que, como Herman a Dorotea, hubiera quitado la ijada de sus hombros y hubiera abierto los arcones repletos de lienzos sahúmados, la alacena henchida de frutas bien olientes, encendido en el hogar los sarmientos y llenado de vinos perfumados los odres para recibir a la bien venida. Y ella, sonriente, dichosa, gentil, hubiera tomado posesión de aquel tibio rincón como soberana, y también a sus haldas se hubieran acercado los niños, y también de los lóbulos de sus orejas, rosadas y minúsculas, hubiera colgado prendas de cariño y de devoción, diamantes o cerezas, esmeraldas o guindas.

Pero no faltaron a su débil niñez amores y enseñanzas. Un hombre que, bajo las calzas escarlata del caballero, escondía la grosera pezuña del corruptor, la hizo primero suya, y más tarde la abandonó. La sociedad se encargó de declararla por siempre irredimible; le dió a escoger entre la vergüenza y

el tributo de la admiración de los hombres, entre la miseria y el lujo. Se le dijo que Dios perdonaría al cabo sus faltas, como Jesús a la Magdalena. Y falta de guía, de razón, de sostén, cayó, no en el vicio, porque eso es mentira — no hay mujer que— se prostituya por vicio; es el placer para ella lo de menos, casi siempre lo finge; lo saben todos sus compradores —; cayó en la lucha miserable por el doblón, tal vez por el ducado, acaso por el deslustrado maravedí de plata. Y sus contortulios, aquellos que, en sentir de sor Juana, pagan por gusto de pecar, lejos de, enseñarle agradables modales, de mostrarle nobles instintos, la insultan, se complacen en hacerla blanco de sus groserías, la maltratan, la contagian, le escupen, sin pensar que, si en vez de topar con ellos, hubiera tropezado con un hombre digno, tendría doncellas que la calentaran, como dice Janin, los pies en su seno, o, al menos, un ser que pusiera en sus sienes la aureola y la majestad de la mujer.

Tal vez recluida en un cuarto malsano, suspira la obrera envidiando a la meretriz, sin saber que al fin de todo castillo injurioso está la torre de Melibea. Misericordias, lágrimas, infortunios, final trágico irremisible... Todo eso debiera inspirar compasión a ciertas señoras, cuya competencia arruina tal vez a las vendedoras de falsas virtudes. Condenar es muy fácil, comprender no lo es tanto. «¡Quítate de la calle a esas bribonas!», se grita, y los guardias, modelo de virtud, se lanzan sobre ellas, sabiendo en mano. Pero si no pueden salir a la calle, ¿por qué no llevarlas a una celda? No habría, tal vez, sino unos cuantos escándalos más. Pero no; es preciso cobrar, explotadas, y luego cubrirse la frente. Nada hay tan repugnante como el falso rubor de un funcionario.

En vez de buscar en el léxico dicterios y apóstrofes, fuera mejor abrir a la mujer caminos de emancipación, de trabajo y cultura. Una mujer es siempre respetable, caiga donde caiga y esté donde esté. Justo es que los que nunca hicieron la apología del desenfreno ni mancharon su pluma con la descripción de la grosería, defendan a las víctimas del vicio y la perversidad de los hombres, aunque ello indignar pueda a los que hallan más fácil buscar la ruina de un imperio en las líneas de la nariz de Cleopatra que en las circunvoluciones del cerebro de Marco Antonio.

Pero el instinto es más fuerte que la rutina y la crueldad. Tal vez, mientras la aristócrata, asomada a los vidrios, dice, contemplando a la meretriz: «Bribona, qué desvergonzada que estás», dice el niño, agarrado a su falda: «¡Pobrecilla, qué frío tiene!»

Antonio Zozaya

La sabiduría las más de las veces, consiste en callarse, más bien que en hablar, pues hay siempre tiempo para pensar, mientras que no siempre lo hay para decir lo que se piensa.

Fontenelle

COMENTARIOS MEDICOS

El derecho a la madre

Mis amigos hibernan apasionada conversación sobre el tema de una pobre muchacha, obligada a quitar el pecho a su hijo para no perder el jornal. Sienten todos el dolor de la tragedia, y alguien dice:

—¡Debiera exigirse que fábricas y talleres tuvieran habitaciones destinadas a los hijos de las obreras, donde éstas pudieran darlos de mamar! Son concesiones a la maternidad que cuentan con rico y mundial abolengo legislativo.

Un asentimiento unánime extiende sus oleos aplacadores sobre el encrespado tono de los exaltados.

—¡Impresión de asombro.

Yo no podría eso, ni me conformaría con ello. La ambición es que no haya madre obrera ni empleada. El hijo tiene derecho a la madre. La mujer que dió a luz hizo lo más que una mujer puede hacer por la patria y por la especie. ¡Dos verdades cumbres!

En otra época, esta sumisión a las leyes del instinto supremo no fuera mérito; en estos tiempos de individualismo, de esterilidad voluntaria, de egoísta celibato, lo es. Por serlo, merece recompensa. Por serlo, y por conveniencias sagradas del país. La despoilación de Francia representa valiosa enseñanza, imposible de desatender.

¿De dónde saldría el dinero necesario para que cobrasen su jornal las madres obreras sin necesidad de abandonar a los pequeños?

—¡De los estériles!

Todo ser humano tiene un deber básico: el de transmitir el don precioso de la vida, el de crear nuevos seres. Si rehuye la misión, debe ayudar a que la cumplan los leales. Valorados los gastos exigidos anualmente por cada hijo,

según el medio social, los que no renunciaran tres abonarían en metálico la cantidad que hubiera requerido el mantenimiento de ellos. Si no todos tenían hijos, todos soportarían su gasto. La esterilidad no sería ventajosa económicamente.

Esta medida, ya pensada en varias naciones, y una desigual distribución de los impuestos, según la descendencia, representan fuentes capaces de hacer tangible el derecho de los niños a su madre.

Lo otro, lo de las salas de lactantes en las fábricas, no puede satisfacer sino a mis ingenuos amigos.

Dr. César Juarros

DE MEDICINA SOCIAL

La mujer española y la defensa del niño

Cuando vemos en paseos y jardines públicos a los niños de las clases acomodadas en compañía de «nurses» inglesas o alemanas, que los padres buscan como garantía segura para el cuidado de sus pequeños porque en estas enfermeras y vigilantes, la mayor parte diplomadas en sus respectivos países, se cree encontrar las personas capacitadas en las cuestiones prácticas de higiene infantil, se nos ocurre pensar que cuánto mejor para nuestro pueblo sería que este servicio fuese realizado por mujeres españolas, para las cuales se abriría un aceptable porvenir si una formación suficiente les permitiera desempeñar el oficio tan mentorio de criar a los pequeños con el interés de quien tiene conciencia de su responsabilidad técnica y moral. Salvo raras excepciones, nosotros no podemos presentar ante una organización social, en materia de puericultura, como tipo femenino avanzado de las entrañas de nuestro pueblo, para la práctica atención de los niños, otra cosa que el «ama seca», especie de soporte ambulante que substituye en el paseo o en la excursión a distancia la cuna o el

«moisés» de la casa paterna. Si en vez de este elemento inconsciente poseyéramos la verdadera «aya o enfermera para niños», resultaría el doble beneficio de la más fácil información acerca de la persona llevada al domicilio familiar y el muy atendible de proporcionar a nuestras mujeres de las clases humildes una orientación profesional nueva y de porvenir para su existencia.

La enfermera para niños es también elemento indispensable en la lucha contra la mortalidad infantil, en toda clase de establecimientos de crianza: en los hospitales asilos, dispensarios, casas-cunas, maternologías, etcétera. Sin ella se hace muy difícil el cumplimiento de una eficaz labor «pro infancia»; por este motivo todas las naciones europeas y americanas han dedicado un preferente esfuerzo a la formación de un competente personal de esta clase de mujeres, técnicamente capacitadas para cumplir su importante misión.

En un grado superior se encuentra otro tipo femenino también imprescindible en la defensa higiénica de niños, y cuya preparación profesional es en los actuales momentos finalidad predilecta de los pediatras y puericultores en todo el mundo; me refiero a las «visitadoras de la infancia». Constituyen hoy día en América una verdadera institución, sin la cual toda la obra mejor planeada de protección al niño será defectuosa e incompleta. La visitadora debe tener una buena cultura general, mucho mejor que la necesaria a la enfermera. La higiene infantil, en todas sus naciones fundamentales, debe ser poseída por ella de una manera completa. Problemas fundamentales de alimentación, limpieza, baño, profilaxis de enfermedades contagiosas, necesidad de tratamientos y vigilancia de los mismos han de ser de su dominio, puesto que la visitadora es la representante legítima del médico en el seno de la familia pobre o modesta que acude a la Asistencia pública para el socorro de sus pequeños.

Los norteamericanos, después de haber fomentado la instrucción de esta clase de agentes puericultores en su propio país, han ejercido y están efectuando todavía la generosa propagación de los mismos en Europa.

Francia particularmente ha recibido de la

sufren sus consecuencias; que la que el día del consejo no fué escuchada, el día de la desventura tenga la primera voz para la resignación, y el consuelo y el sacrificio.

El tedio es otra consecuencia de la falta de educación en las mujeres; muchas temen los días de fiesta. Y no se crea que el tedio es un mal de poca importancia y que no puede influir poderosamente en la felicidad doméstica y poner en riesgo la virtud: tal vez es un enemigo más terrible que el dolor. El dolor es activo, se gasta con el tiempo, se alivia; el tedio es una cosa pasiva, es un vacío que se siente siempre lo mismo, si no se siente más.

El dolor ocupa, no deja a la imaginación que se extravíe más que en una dirección: si alguna vez da oídos a la tentación del crimen, rechaza las sugerencias del vicio; el tedio puede escuchar todas las voces tentadoras, tiene caminos para todos los extravíos, y no hay aberración que en un momento dado no pueda servirle de espectáculo. El dolor es motivado, impone respeto; el fastidio vago, sin causa determinada, halla poca tolerancia; el dolor hiere, el fastidio corroe. En la vida íntima, una mujer muy fastidiada es difícil que no sea fastidiosa, a menos que tenga grandes tesoros de cariño y de bondad; y más difícil aún que el hombre tolere paciente un malestar a su parecer inmotivado. Su esposa tiene que comer y que vestir, y la casa bien amueblada; ni sus hijos le dan disgusto, ni él tampoco; todos disfrutan salud; ¿qué le falta a aquella criatura, y por qué se le ha de tolerar su mal humor,

¡Pobres mujeres! Son y se sienten desdichadas, y lo confiesan, cuando llega a su lado alguna de esas almas que tienen bastantes lágrimas de compasión para sofocar el fuego siniestro que brilla en la pupila de la prostituta.

¿Quién puede mirar sin profunda lástima aquel ser tan infeliz y tan degradado, que lleva su extravío hasta hacer gala de lo que debía causarle vergüenza? ¿Quién no se aflige al ver aquella mujer que fué inocente y fué pura, que no pudo ser respetada, querida, y hoy para ganar pan, arroja su cuerpo al muladar del vicio que le envenena, vende por algunos reales a un hombre repugnante el derecho de transmitirle una enfermedad asquerosa, pasa continuamente de los brazos de la lujuria a la causa del hospital, donde a nadie inspira compasión, donde a todos causa desprecio y asco, donde se la cura para que vuelva a servir como a un animal que enferma, y curado pueda ser útil? Digo mal; esta comparación no da todavía idea de lo que inspira en el hospital la mujer deshonesto, cuando sus mismas compañeras se burlan de sus dolores y cuando el practicante, al cortar o quemar sus carnes, le dirige, por vía de consuelo, alguna obscena chanza. Si no muere joven, ¿qué cosa más digna de compasión que su vejez anticipada y su muerte que nadie llora!

La mujer criminal es sin duda más odiosa, pero no hay nada tan despreciable como la mujer deshonesto; no hay hombre tal vez, que no se juzgue superior a ella y la desdén.

Cruz Roja americana la donación del sistema; primero en París, donde dicha Cruz Roja fundó la «Ecole de Puériculture», y más tarde en Lyon, donde la Fundación Francoamericana para la Infancia, creada por el profesor Palmer-Lucas, supo reunir en poco tiempo algo más de un millón trescientos mil francos, procedentes a partes iguales de Lyon y de Norte-América, con los cuales se ha puesto en marcha la benéfica obra de protección, de la cual es el más sólido pilar la visitadora, intermediaria entre el hospital, el dispensario, la casa-cuna y la familia; inteligente auxiliar de los médicos y encargada de enseñar y de hacer cumplir los planes, prescripciones y consejos que en todos estos centros se dan para bien de los niños.

Esta misión alta y admirable nadie como la mujer culta y preparada en estas materias puede realizarla. La carrera de puéricultura o visitadora de la infancia podría una vez implantada en nuestro país, abrir un nuevo horizonte en el porvenir de las mujeres de nuestra clase media y llevar con su influjo corrial e inteligente una muy estimable aportación al esencial asunto de nuestra mortalidad.

El desarrollo de éste y de otros planes es misión que puede ser llevada a término por la Escuela Nacional de Puéricultura si los Poderes públicos se percatan de su trascendencia y le dan vida real con los medios económicos necesarios para su implantación y funcionamiento.

Enrique Suñer

Homenaje femenino a S. M. la Reina

Aunque en el número anterior dimos cuenta del homenaje tributado en honor de la Reina doña Victoria hoy ampliamos dicha información, con esta que leemos en el «Pueblo Vasco» de San Sebastián, dice así:

«Respondiendo al homenaje que por iniciativa de la Unión de Damas Españolas tributaron a Su Majestad la reina

doña Victoria Eugenia las mujeres de todas las provincias de España, las residentes en América, uniéndose a las de Caracas, que lo han iniciado, han enviado a nuestra Soberana un valioso presente y numerosas firmas de adhesión que ha recogido y encabezado con sentidísimo pensamiento la excelentísima señora doña Isabel Elías de Ranero, esposa del ministro de España en Venezuela.

«El presente consiste en una magnífica orquídea de oro, de tamaño algo mayor del natural, finamente trabajada. En una hoja lleva la siguiente inscripción: «A. S. M. la Reina doña Victoria Eugenia, las damas españolas residentes en Venezuela. Año 1925.»

«El álbum que acompaña a la flor en otro estuche, es de piel de Rusia, con una placa de oro en la que, debajo de la corona real y las iniciales V. E., se lee el pensamiento a que nos referíamos.

«Las joyas de Isabel I de Castilla contribuyeron al descubrimiento de un mundo; las virtudes de Victoria Eugenia de España conquistaron las simpatías de ese mundo.

Firma Isabel de Ranero.

Encabeza el álbum el siguiente mensaje:

«A. S. M. la Reina doña Victoria:

«La mujer española residente en Venezuela, que deseaba testimoniar de algún modo sus sentimientos de amor a la Patria y adhesión a la Monarquía, rinde a Vuestra Majestad un homenaje de simpatía, que si modesto en la forma, es grande por lo sincero de nuestra manifestación y el número de firmas que integran el álbum que nos permitimos ofrecer.

«La satisfacción que sentimos al presentar a Vuestra Majestad nuestro homenaje no es sólo porque con ello logramos ver cumplido lo que ha tiempo anhelábamos demostrar: que el amor que sentimos por nuestra España, sino que en esta demostración nos acompa-

ñan muchas mujeres de otros países y en gran número la mujer venezolana sin distinción de clases, cuyas manos, al estampar sus nombres en este álbum, se unen a las nuestras y las elevan con sus plegarias al Todopoderoso, para pedir que El colme de bendiciones a la que, como vos, señora, es modelo de Reina, de esposas y de madres.

Os rogamos, Reina y señora, os dignéis aceptar una flor representativa de la más apreciada en Venezuela, que con sus protestas de leal adhesión, pone a los reales pies de Vuestra Majestad la mujer española en Venezuela.

«A los R. P. de Vuestra Majestad.

«Carasca (Venezuela). 1925.»

A las firmas de la señoras de la Legación española siguen las de la familia presidencial y personal del palacio de Miraflores, las de todas Legaciones de Europa y Repúblicas sudamericanas e innumerables de la colonia y señoras venezolanas, unidas en el amor a España y adhesión a nuestra Reyes.

El homenaje fué presentado a Su Majestad por la marquesa de Uzú del Valle, presidenta de la Unión de Damas Españolas, y la señora de Luca de Tena, designadas por las señoras de Venezuela para cumplir esta misión, así como lo había sido también la ilustre escritora Blanca de los Ríos y la señora María Perales, secretaria de la referida Federación Católica, que no han podido encontrarse en San Sebastián para este acto.

S. M. LA REINA EXPESA SU AGRADECIMIENTO A LAS SEÑORAS VENEZOLANAS

El marqués de Torres de Mendoza, secretario particular de S. M. el Rey, ha dirigido, en nombre de S. M. la Reina, la siguiente carta a la esposa del ministro de España en la República de Venezuela, doña Isabel Elías de Ranero.

«Muy señora mía y distinguida ami-

ga: S. M. la Reina ha recibido con la mayor gratitud, por conducto de las señoras marquesa de Uzú del Valle y doña Esperanza García Torres de Luca de Tena, el entusiasta mensaje que le dirigen las señoras venezolanas con el valioso y artístico presente de una rosa de oro, elocuente testimonio de afecto y de leal adhesión, que Su Majestad ha sabido apreciar muy cumplidamente.

«Motivo es de íntima satisfacción para nuestra augusta Soberana el ver en este do amor a España, y nada podía serle más grato que la evocación del nombre venerado de Isabel la Católica para rendir un tributo de admiración a la gloriosa «Reina madre de América» como tan justa y acertadamente ha sido proclamada. Los sagrados vínculos de religión, de raza y de idioma que unen a la mujer americana y a la española, se afirman y estrechan hoy una vez más con la comunidad de elevadas aspiraciones, nobilísimos anhelos y en la devoción, hacia aquella excelsa Soberana.

«Desea S. M. la Reina se sirva usted transmitir su reconocimiento profundo hacia la mujer venezolana, que en tan brillante y delicada forma ha cooperado a este precioso homenaje, así como a la representación de nuestra colonia española y a las señoras extranjeras que a él se asociaron, debo añadir que S. M. el Rey (Dios le guarde) quiere hacer constar su verdadera gratitud, a la par que su viva complacencia por estas manifestaciones de cordial amistad, que han encontrado en España un eco de cariño y simpatía hacia esa nación hermana, por cuya dicha, prosperidad y gradeza hacen los augustos Soberanos con su pueblo los más fervientes votos.

«Al dar cumplimiento a los regios mandatos, me es grato reiterarme de usted con la mayor consideración, su más atento seguro servidor y amigo, q. b. s. p., Emilio M. de Torres.

«Palacio Real de Miramar (San Sebastián), a 18 de Septiembre de 1925.»

Boda de una princesa

Ha contraído matrimonio la princesa Mafalda de Italia con el príncipe de Hesse, de Alemania.

Se celebró la regia boda en Racconigi, aficiaba de notario de la boda el señor Mussolini, y el señor Trittoni, presidente del Senado, de Secretario.

La ceremonia religiosa se celebró con gran solemnidad en la capilla del castillo, la que se llenó con los distinguidos e ilustres invitados que ocupaban las tribunas construidas para este fin.

En el regio, estrado levantado a un lado del altar, tomaron asiento los contrayentes y sus majestades.

Los recién casados recibieron muestras de verdadero afecto de los italianos, hasta de los rincones más apartados recibían regalos y calurosas felicitaciones.

De todas las naciones europeas llegaron a los desposados valiosas dádivas y felicitaciones, siendo cordialísimas las de los ministros.

ESTE NUMERO ESTA VISADO
POR LA CENSURA MILITAR

36

MUJER DEL PORVENIR

Como la primera necesidad de su ser moral es inspirar amor y sentirlo, como por más que haga la mujer no puede ser feliz, sino queriendo y siendo querida, la mujer deshonesto es profundamente desgraciada; cuando dice otra cosa, miente y mentira con su gozo cuando parece alegre, su contento cuando canta y su satisfacción cuando ríe. Si pudiera verse el corazón de las mujeres impúdicas que por algún tiempo parecen dichosas, se vería su desgracia como una llaga incurable, cubierta con paño lujoso; y digo algún tiempo, porque si la felicidad fuera posible, no duraría más que su hermosura, que dura bien poco.

A esta inmensa desdicha de la mujer contribuye eficazmente la falta de educación y la imposibilidad en que muchas veces se halla de ganar honradamente su subsistencia, por no poder ejercer ninguna profesión ni oficio lucrativo.

Es preciso ver cómo viven las mujeres que no tienen más recursos que su trabajo; es preciso seguir poco a poco por aquel vía crucis tan largo, luchando de día y de noche con la miseria, dando un adiós eterno a todo goce, a toda satisfacción; encerrándose con su destino con una fiera que quiere su vida, y que la tiene al fin, porque la enfermedad acude y la muerte prematura llega. ¿Cómo no ha de llegar, llamada por la viciada atmósfera de la reducida habitación, por la humedad y el frío intenso y el excesivo calor y la mala comida y escasa, y el trabajo continuo que no basta para libertar de la miseria a los seres queridos,

CONCEPCION ARENAL

37

y tantas penas del alma, y tantas lágrimas de los tristes ojos a los que no trae alegría el sol al salir, ni promete descanso la campana que toca la oración de la tarde? Quien ve estas existencias y las comprende y las siente, se admira de que no sea mayor el número de las prostitutas, de las suicidas, de las criminales y cree en Dios y en su conciencia, que debe pedir educación para la mujer, que debe reclamar para ella el derecho al trabajo, no el sentido absurdo de que el Estado esté obligado a darle, sino partiendo del principio equitativo de que la sociedad no puede en justicia prohibir el ejercicio honrado de sus facultades a la mitad del género humano.

Y aunque no giman luchando con los horrores de la miseria, y aunque no se vean unidas a un hombre que no aman o que le es antipático, y aunque no se atropelle su derecho y no se menoscabe su hacienda, ¡cuántos sinsabores y cuánto tedio acibarán la vida de la mujer por su mala educación!

Falta de autoridad en las cosas que no son de su competencia, es decir, en todo lo que no se refiere a los cuidados domésticos, ve extrañarse el esposo o el hijo, lo siente con su instinto o lo percibe con su natural razón, y se esfuerza para apartarlos del mal camino; pero se esfuerza en vano, porque le impone silencio con un—¿Qué entendéis las mujeres de esto?—y le es preciso callar hasta que lllore los males que había previsto y que su falta de prestigio no puede evitar. Harto frecuente es ver que los hombres cometen los desaciertos y las mujeres

Cuentos DE LA VOZ DE LA MUJER

Cerebro y Corazón

Conclusión

sin—ventura, Tienes cerebro fuerte, la voluntad grande, te trazaste un camino y llegaste a la meta; pero hay que reconocer que tu amor propio es excesivo; que eres egoísta y vanidoso: por eso eres desconfiado. Es quizá por eso también, por lo que olvidaste, que *fortuna, genio y honores*, no son nada sin el *amor*... Cándida te ofreció la flor purísima que brotó en su pecho virginal; más tu cerebro siempre fuerte formó quimeras inverosímiles, permaneció imposible, sordo a tu corazón que le gritaba que en la confesión de Cándida no había sombra de pecado... ¡Así sois todos los hombres: precavidos, astutos con las ingenuas: incáutos, confiados con las pérfidas! Exigis prendas de cariño, el desdoblamiento del alma, y después... ¡el abandono! Hiciste bien en huir de ella: no te la mereces. ¡Déjala que siga cuidando sus jazmines, sus nardos, sus diamelas! No vuelvas más a ella porque la calumniaste desconfiando de ella, y en amor como en religión la Fe, es el todo... Y ya que viniste a refugiarte en mí ¡ese! Amor no te puedo brindar: mi amor puro, lo pisoteé y mató también un hombre...

Toda yo soy impura; mis risas son locas; mis besos perversos son: maestra soy en aturdir a los hombres... Mis brazos te esperan... Ven...!

Enriqueta Lloreda

EL PERDON

Era el año 1913. Acababa yo de llegar a Madrid y me hospedaba en una casa de huéspedes en la que se usaba el llamado régimen familiar.

Desde el primer día, fué acogida mi presencia con distinción y cariño, por todos los de la casa. Componíase ésta de la dueña, una vieja gruñona, un tratante de ganados, un sacerdote, un matrimonio artista y un estudiante.

Llegó la ora de la primera comida, todos los huéspedes, en la misma mesa, comenzamos el yantar. La conversación se hizo general, recayendo sobre mi viaje, preguntas de los huéspedes sobre las costumbres de la región de donde yo venía y preguntas mías sobre lo que pasaba en Madrid.

Estaba satisfecha oyendo a todos los huéspedes ofreciéndome su amistad, cuando de repente se fijaron mis ojos en una mujer, que en un rincón apartado del amplio comedor, y oculta, casi, entre el estor del hueco del balcón, amamantaba a un niño de pocos meses.

Por su traje y su peinado, y hasta por su aspecto tosco, parecía una aldeana de acomodada posición.

Aparentaba tener unos veinte años; era de robusta complexión; pelo negro y abundante; facciones enérgicas, bellamente delineadas: toda ella era un conjunto de mujer apetecible para los que sólo miran los encantos de la hembra que presenta espléndida robustez.

Jugaba el niño con su manecita sobre el albo pecho de la madre, cuyo pezón aprisionaba en su boca, dando chupetazos, en los que sacaba el néctar de su vida, en tanto abundancia, que se atragantaba.

Separábale la madre, dándole golpecitos en la espalda, llamándole tragoncillo y volviéndole a poner el pezón en la boca.

El chiquitín, como queriendo devolver el reproche a la autora de sus días, y cada vez más aferrado al pecho, devolvía sus cachetes, alternando sus ataques desde el pecho a la cara de la madre.

La joven tomó la mano del pequeño reteniéndola en la suya, dándole infinitos besos, al par que su vista seguía, con arrobó, fija en la carita de aquel ángel al que había dado vida alimentaba con el jugo de su sangre.

—¡Qué cuadro más augusto presentaba aquella madre con su hijo! A venerarla anvitaba.

—¿Quién es aquella joven—pregunté al sacerdote que se sentaba junto a mí, en la mesa—?

Ya se lo diré—contestó bajito—.

Terminada la comida, me acerqué instintivamente a aquella muchacha, acaricié al niño y ella me pagó con sonrisa agradecida.

Me hice luego muy amiga de aquel chiquitín que, al verme, me tendía sus bracitos en prueba de confiada amistad.

Había transcurrido algunas semanas; era el último día de mi permanencia en aquella casa, que abandonaba para irme a instalar en el piso que había alquilado. Hallábame con los preparativos del cambio, arreglando mis maletas, cuando oí en la habitación contigua, que era el salón de recibo, pasos acelerados, murmullo de voces, que se quieren ahogar, gemidos y llanto.

Breve silencio siguió a aquella agitación y luego los saludos expresivos y ceremoniosos de la dueña de la casa hacia algún recién llegado que se deseara agradecer.

Pocos momentos después, dos golpecitos discretos sonaban en la puerta de mi habitación. Mandé entrar, y penetraron la dueña de la casa, algo agitada, y el huésped sacerdote.

—¿Ha oído usted el jaleo—me dijeron ambos—? A la pobre Luisa la ha dado un ataque. Ha venido su tío, el señor cura de X..., sin avisar y no ha habido tiempo de sacar fuera de casa al niño...

—¿Al niño—pregunté asombrada—? ¿Y por qué le habían de sacar?

La patrona y el cura se miraron, y recordando, ambos a la vez, que yo nada sabía de la historia de Luisa, se dispusieron a contarla.

Era una de tantas historias vulgares. Luisa, hija de una hermana del cura de X..., huérfana de padre y madre, había sido recogida por su tío y educada con cariño y con el mayor esmero que puede educarse en el ambiente pueblerino en donde su tío estaba de párroco.

No poseyendo otros bienes de fortuna que la paga que el tío disfrutara, creyó oportuno, accediendo a requerimientos de la sobrina, enviarla a Madrid para aprender un oficio con el que pudiera vivir si algún día le faltaba el sostén del hermano de su madre, cuya avanzada edad y quebrantada salud lo hacía temer muy pronto. Y a la corte la mandó, hospedándola en la casa donde yo me hallaba, por ser la única que el buen cura conociera, y ser el hospedaje que él tuviera en los diversos viajes que había hecho a Madrid.

Luisa comenzó el oficio de modista en un taller de la corte, se echó novio y de aquellas relaciones, que nadie vigilaba, nació un niño.

La patrona de la casa de huéspedes, a la que Luisa había sido confiada por su tío, mujer cuyo excelente corazón, que contrastaba con su malísimo carácter, noteniendo ya remedio lo hecho por su pupila, la aconsejó, como una madre, para que no se deshiciera del hijo que acababa de nacer, pues ya el mal realizado, no se podía remediar más que aspirando al perdón de aquel virtuoso anciano que le servía de padre.

Era el momento propicio; la inesperada llegada del buen sacerdote había que aprovecharla para conseguir aquel intento: y por eso llegaban a mi cuarto la pupilera y el huésped cura para pedirme fuera yo la encargada de preparar la escena del perdón.

Delicado y enojoso era el asunto; pero lo acepté, retrasé mi marcha un día, brindándome a ayudar a la víctima de amor, a cuyo hijito me había aficionado y desde aquel momento más, al saber que no podía tener padre y que algún día la sociedad había de arrojarle a la cara, con desprecio, la falta de su madre: falta realizada entre dos por igual parte, pero que los prejuicios sociales hacia solo expiar a la mujer.

**

Acabábamos de cenar y se prolongó la sobremesa en atención al nuevo huésped y en atención a ser la última que yo allí pasaba.

Rodó la conversación sobre mil cosas, vieniendo luego a caer, traída de propósito por todos, al desamparo en que vive, en las grandes poblaciones, la mujer y la exposición que tienen las que faltas de experiencia vienen de los lugares pequeños a trabajar a Madrid.

Fijaba Luisa las miradas en su tío con ansia mortal, yo vivía su tragedia, porque el buen sacerdote aseguraba que nada podía ocurrir a la mujer cuando se educa en los principios cristianos, como afirmando que de esos peligros estaba bien segura su sobrina.

Ignoraba el buen anciano la sugestión del amor humano cuando en la juventud se presenta disfrazado con engaños y llega hasta la mujer ingenua e inocente.

Los huéspedes, obedeciendo a una seña convenida de la pupilera, fueron abandonando el comedor quedándonos solos el anciano sacerdote, la sobrina y yo.

No fué necesaria mi intervención en el papel que me habían encomendado, pues no bien quedamos solos, Luisa,

obedeciendo a un impulso superior, se arrojó a los pies de su tío, diciendo:

—¡Perdón!...—al tiempo que de sus ojos salía copioso llanto y de su pecho suspiros entrecortados.

Instintivamente: el buen sacerdote se puso en pie y retrocedió.

—¿Perdón de qué—dijo airado arrojando sobre su sobrina una mirada de reprobación—?

La vista del sacerdote se cruzó con la mía para interrogarme.

No cabían ya rodeos; la cara del anciano demostraba nallarse en posesión de la tremenda tragedia de su sobrina, cuyas salpicaduras caían sobre su sagrada profesión.

—¿Perdón de qué—volvió a repetir—?

Y Luisa deshecha en llanto, no podía contestar.

—Perdón, señor—añadí yo—de haber sido madre...

Retrocedió dos pasos más el sacerdote, erguió con altivez su alba cabeza y dijo con emoción...

—Perdón, no; no puedo concedértelo mientras en esa actitud no esteis los dos: mi perdón no puedo concederle si no va seguido de mi bendición y para recibirla falta él.

La pretensión del sacerdote no podía realizarse. El burlador de su sobrina era casado: falta cometida sin posible reparación.

Quedó anonadado el buen señor, ocultó el rostro entre sus manos y empezó a sollozar.

Luisa seguía de rodillas, con la inmovilidad de una estatua, esperando de los labios de su tío el anhelado perdón.

El llanto del chiquitín se oyó en la alcoba inmediata. Al eco doroso de la criatura el sacerdote tembló como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

La pupilera penetró en el comedor con la criaturita y se acercó al sacerdote recabando para aquella madre desdichada el anhelado perdón. Pareció comprenderlo el niño que avanzó sus brazos al cuello del sacerdote. Este se dejó vencer por la caricia, avanzó hacia la penitente y la ayudó a levantar colocando en sus brazos al niño y concediéndola el perdón a cambio de que fuera buena madre, como ya lo comenzaba a ser no habiendo arrojado de sí el fruto de su amor.

**

La emoción recibida agotó la vida del anciano falleciendo allí mismo, pues era cardíaco. El cadáver fuertemente asido por Luisa fué regado con las lágrimas del arrepentimiento y envuelto en las sonrisas del chiquitín que pugnaba en desasirse de los brazos de la pupilera extendiendo los brazos hacia el que antes de morir había perdonado a su madre.—*Pepila Jiménez*

Raras veces vereis en un niño la promesa de un hombre, al paso que en una niña hallaréis casi siempre la promesa de una mujer.

Alejandro Dumas (hijo)

La Cocina Casera

Fregado y conservación de la batería de cocina que sea de porcelana.—Cuando se compra esta vajilla, se escoge que sea de la porcelana llamada de hierro blanca por dentro y negra por fuera. Esta clase de porcelana es muy pesada; pero no se conoce su fin, no se desconcha, por fuertes que sean los golpes que recibe.

El buen orden y limpieza de cacerolas y pucheros exige el uso de esta porcelana.

Siempre que se termina con el servicio de uno de estos objetos, se friega esmeradamente con agua hirviendo frotándolos por dentro y por fuera con estropajo jabonado y arena de fregar, si no la hubiese se sustituye con ceniza, teniendo muchísimo cuidado, de no dejarle perder el color blanco, por dentro y el esmalte brillantado por fuera; después de bien aclarados estos cacharros se dejan escurrir sin limpiarlos; cuando están secos se colocan simétricamente alineados en la tabla que se debe de tener en todas las cocinas para este fin, se dejan destapadas para evitar el mal olor que despiden si se tapasen.

La tabla donde se colocan todos estos útiles debe de estar al alcance de la mano de la persona que más ande en la cocina, para que pueda cogerlas sin necesidad de esfuerzo y sin tener que subirse en nada para alcanzar los que necesite; en el filo de esta tabla se clava un listón ancho, de forma que se pueda colocar de canto las tapaderas, cada una por delante del puchero o cacerola a que pertenece.

Al tomarlos para atizarlos se enjuagan con agua clara, por si hubiese caído polvo, por estar destapados.

Menú de la semana

ALMUERZO

Anguila guisada.—Capón en guiso sencillo.—Acelgas a la antigua.

Anguila guisada.—En una cazuela se pone la anguila enroscada, después de bien limpia con bastante aceite; cuando está frita se echa una salsa de harina tostada, un poco de ajo, perejil, pimienta y clavo molido, cuidando de moverla con la misma cazuela para que no se pegue. Cuando está en sazón se sirve en una fuente redonda.

Capón en guiso sencillo.—Se limpia bien el capón, se ata, volviendo las patas hacia dentro, y se coloca con el pecho para abajo en una cacerola llena de caldo del puchero o de sustancia.

Cuando empieza a cocer se espuma bien el caldo y se echan tres cuartos de kilo de arroz bien limpio y lavado. Se tapa la cacerola y se deja hervir a fuego lento unas dos horas. Se coloca el capón en una fuente honda, y al arroz se le da una vuelta con un poco de manteca y se vierte sobre el ave; si estuviere demasiado espesa se añade un poco de caldo.

Acelgas a la antigua.—Pónganse las

acelgas en una cacerola con manteca, sal y moscada. Añádase un poco de manteca amasada con harina, azúcar y nata. Sirvase bien calientes, acompañadas de galletas o bizcochos.

COMIDA

Sopa de tocino.—Vaca cocida a la «poulette».—Costillas de cordero con puré de coliflores.

Sopa de tocino.—Muy recomendada para los casos en que sin tener caldo, se quiere hacer una salsa muy sana y nutritiva y que no cueste una sentida. Se frien en manteca unos pedacitos de tocino y mejor aún de gordo de jamón del tamaño de una onza de chocolate; se sacan, y en la grasa se frien dos ajos enteros sin mondar y sólo pinchados con la punta de un cuchillo para que no salten; se saan en cuanto se ponen negros; se machacan hasta que se deshagan completamente los pedazos de tocino fritos y se ponen fuera de la lumbre en la grasa que estará casi fría; se pone al fuego y se le añade el agua suficiente como para dos tazas grandes de las de caldo; se prueba, y calculando con la sal que han dejado los pedazos de tocino o jamón, se sazona prudentemente. Se puede usar como si fuese caldo de cocido para sopa de pan o de pasta.

Vaca cocida a la «poulette».—Córtese en cuadrados iguales buena porción de carne magra cocida el día anterior y póngase en una cacerola con manteca. Relóguese después en manteca, cebolla picada y espolvoreada con harina; humedézcase con caldo y agrégle un ramillete de hierbas finas y un diente de ajo sin mondar. Cuando haya hervido unos diez minutos, pásese por el colador fino a la carne; hágase cocer todo junto durante veinticinco o treinta minutos, pásese la salsa con dos yemas de huevos y espolvoréese con perejil picado, pudiendo agregarle, si se quiere una cucharada de vinagre.

Costillas de cordero con puré de coliflores.—Se asan a la parrilla y se sirven con el siguiente puré de coliflores. Se dividen en ramitos dos o tres coliflores recortándoles bien los tronchos, y se ponen a cocer en agua con sal por unos doce minutos; luego se ponen en agua fría, se escurren bien y se les echan dos cacitos de salsa hirviendo, en la que cocerá unos veinte minutos a fuego muy lento, para que se reduzca sin quemarse. Se pasa por tamiz y luego por la estameña; se le pone un poco de azúcar, manteca y unas yemas batidas con leche, y se sirve.—Zita

Se ruega a los suscritores de provincias que estén en descubier-to el en pago de las suscripciones nos envíen el importe para evitar entorpecimientos en la marcha de nuestra Administración.

Consejos higiénicos

LA LIMPIEZA DE LAS UÑAS

Esta limpieza es muy importante; puesto que del descuido y suciedad de las uñas aseguran algunos médicos que provienen graves enfermedades y en ocasiones incurables.

He de ocuparme únicamente de la higiene y limpieza que todos nos podemos hacer en nuestras manos sin la intervención de la manicura, que al mismo tiempo que higieniza y limpia embellece nuestros dedos; no, no es esa, me limito a una ligera explicación que limpia y está al alcance de un niño.

Se tienen las manos en agua caliente, dos o tres minutos, pasándolas sin secarlas al agua fría donde se dejan bañar unos segundos, pasados estos se jabonan con buen jabón; se restrega fuertemente con estropajo jabonado la punta de las uñas, con objeto de que salga el depósito de residuos que allí suelen detenerse, después se aclaran en agua fría.

Este lavado puede suprimirlo la mujer de su casa, aprovechando la ocasión cuando termina de hacer algo que la necesidad le obligó a retener las manos mucho tiempo en agua.

Ya secas y enjuagadas se recortan las uñas con unas tijeras que corten mucho y tengan las puntas finas y curvas, arreglándolas bien con la misma tijera, procurando que queden cortadas por igual y sin briznas. Con la toalla al enjuagarse se vuelven los pellejitos que rodean las uñas; si es la primera vez, hay necesidad de hacerlo para que se despeguen, con un palito forma de punzón, uno de sus extremos muy fino; si es posible ha de ser de madera de naranjo, cada vez que se ha de utilizar se desinfecta con sublimado; ya levantados éstos, se coloca en la punta fina del punzón desinfectado una bolita de algodón en rama, tan pequeña como la cabeza de un alfiler, se empapa en una mezcla de colonia, glicerina y limón, pasándola con este líquido por el hueco que queda al desprenderse la piel, se dejan con esta humedad algunos segundos, pasados este tiempo se restregan con la toalla, cortando con la misma tijera de puntas curvas la piel que no quitará la toalla teniendo cuidado de no hacerse sangre al cortar; si tuviera este descuido con el punzón y algodón en rama mojando en sublimado se lava en seguida.—Doctora Fany

Contestamos a...

Inocente.—Tenga cuidado; lo más probable es que al emplear tantas reservas es porque sea casado, lo primero, antes de decidirse a nada, es averiguarlo.

Estrella.—Las rojeces de la cara se curan con Nieve Haeline, recetada por un médico, no hay nada mejor para la piel.

Las tres Marías.—Lo mejor que hacen es no hacer caso; el que escribe un anónimo vale muy poco y está cierto que lo que dice no es verdad o por lo menos no tiene medios de probarlo

siempre en todo caso es un cobard y otra cosa peor el que no da la cara para decir una cosa.

Violeta amarilla.—Para los pies mucha limpieza, láveselos siempre que salga y cuando vuelva y la fetidez del sudor aminorará mucho o casi toda. No sea coqueta, que la coquetería trae malas consecuencias.

Capullo a medio abrir.—Se puede ser alegre; pero no coqueta; la alegría no está reñida con la dignidad. Déjese guiar por su hermana, que esos consejos son buenos, y la experiencia por ser mayor hará que comprenda mejor que usted. Para las manos limón y agua de rosas partes iguales.

Si, señora, es cierto que se fundará en un plazo corto. Se le remiten los números de «Las Subsistencias» que pide.

Orgullosilla.—No siempre el orgullo es soberbia, en muchas ocasiones confundimos la dignidad con el orgullo, estúdiense y si es esta clase de orgullo siga con él; pero la soberbia sienta muy mal en todos; pero muchísimo peor en una mujer joven la hace desmerecer además del gravísimo pecado que comete. Para los ojos láveselos con agua hervida mañana y tarde y desaparecerá la inflamación de los párpados si es irritación; si con esto no se le quitase cuide las digestiones y no beba vino, ni en las comidas, ni fuera de ellas.

La Secretaria

Los suscritores que por extravío de Correos, hubieran dejado de recibir algún número de *La Voz de la Mujer*, pueden pedirlo a nuestra Administración, para remitirselo de nuevo.

¡MUJERES!

Si desecís ayudarnos en nuestros ideales de regeneración difundid este periódico, suscribiéndoos a él y haciendo que se suscriban vuestras amistades para que lo lean todas las mujeres españolas y los hombres de buena voluntad que deseen ayudarnos.

UN COLABORADOR

La cocinera, que ha sido despedida de la casa, se detiene en el portal a despedirse de la portera.

—Lo único que voy a echar de menos—le dice—es el perro.

—¡Pues no me parece que te gustaba mucho sacarlo a la calle por la noche!

—No es por eso ¡Es que él era quien me lavaba los platos en la cocina!

ENTRE CAZADORES

—¿Por qué no has disparado contra ese conejo, si ha pasado casi junto a nosotros?

—Precisamente por eso. Mi carabina tiene un alcance de mil quinientos metros.